

Arqueología, patrimonio, memoria

Archaeology, heritage, memory

Arqueologia, patrimônio, memória

Eduardo Kingman Garcés

FLACSO Ecuador

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i50.803>

Cuando se me propuso comentar el libro, al revisar su portada me mostré escéptico con respecto a sus contenidos. El título acordado para la publicación era “El patrimonio en disputa, la plaza vs. el metro”, pero me preguntaba y me pregunto si no hubiera sido mejor titularlo “La plaza frente al metro y el patrimonio”. No se trata de una cuestión formal, tampoco de una precisión teórica, ya que ello lleva implícito algunas de las políticas relacionadas con los centros históricos. Aún cuando se pueden hacer distintos usos de la noción de patrimonio, es posible que sea mejor hablar de disputas con respecto al patrimonio que establecer diferenciaciones entre un buen y un mal uso de este. A mi modo de ver el patrimonio no es una entelequia sino un campo de fuerzas, y lo fundamental es saber ubicarse con respecto a ese campo de fuerzas.

Cuando hablo de disputas me estoy refiriendo a disputas sociales relacionadas con la distribución del espacio y sus usos, pero también de disputas simbólicas que, sin dejar de tener un ingrediente técnico, van más allá de cualquier caracterización puramente técnica. De disputas, particiones y no de usos más o menos apropiados a ser definidos desde una instancia especializada, la de expertos. Aun cuando el patrimonio ha pasado a formar parte de las políticas culturales, no hay que perder de vista su relación con otros ámbitos como la industria del turismo, la renovación urbana, la seguridad y la expulsión de poblaciones. Se trata de un problema semántico y conceptual, y al mismo tiempo político.

El libro ensaya distintas entradas, históricas y contemporáneas a un espacio patrimonial afectado por la construcción del metro como es la plaza de San Francisco. Se trata, en cierta manera, de un trabajo arqueológico, pero en

el que está implícito un cuestionamiento a la idea misma de arqueología. Me parece que un mérito del libro es haber sabido organizar distintos recorridos por el Quito del metro. Y me refiero tanto a quienes como Cabrera Hanna o Godard reflexionan sobre los impactos de la construcción del metro, como a los historiadores Burgos, Terán, Del Pino y Webster. Se trata de conexiones entre distintos tiempos y situaciones en las que además de los autores participa el lector. Leyendo el texto de Inés del Pino, por ejemplo, empecé a imaginar todo el sistema de intercambios materiales y simbólicos organizados a partir de la Plaza. En este caso, el archivo sirve de auxiliar a la memoria. El texto de Susan Webster, por su parte, nos muestra hasta qué punto fue invisibilizada la participación de la población indígena en la construcción de San Francisco y por ende de la ciudad. Rosemarie Terán Najas hace uso de un conocimiento pormenorizado de las políticas de patrimonio desarrolladas en más de dos décadas, pero también de estudios históricos y arqueológicos para reconstruir ese otro mundo que existía más allá de la plaza; la relación de la plaza con la iglesia y con un mundo de intercambios y de sacralidad predominantemente indígena. A esto último contribuye el importante artículo de Hugo Burgos.

No voy a detenerme en los estudios específicos que forman parte de esta publicación, sino a cuestiones que atraviesan al libro en su conjunto. Lo que llamamos patrimonio se caracteriza por sus contenidos concretos, esto es históricos, antes que generales o abstractos. El patrimonio es una problemática propia de la modernidad, paralela a la formación de colecciones y museos. La noción de patrimonio forma parte de los procesos de construcción de las naciones y de reinención de tradiciones como las del hispanismo, estudiada por Guillermo Bustos, o las del ornato estudiadas por mí.¹ El patrimonio tiene que ver con la búsqueda de sentidos, de lo que da fundamento, pero el cómo se lo hace depende de las circunstancias históricas. No ha funcionado del mismo modo en Francia, en México, en el Cuzco, en Bogotá o en Quito. El patrimonio toma, en muchos casos, la forma de historia monumental e historia anticuaria, pero también existen discursos patrimoniales relacionados con los proyectos totalitarios o con un tipo de historia aparentemente crítica comprometida con las ideologías y las teleologías de Estado. En muchos casos se trata de la búsqueda de sentidos ahí donde estos se han perdido. Fue, justamente, en la Alemania culturalmente mediocre del siglo XIX, cuando, de acuerdo con Nietzsche, se desarrolló un culto por lo monumental y una monumentalización del pasado. Pero en otros casos lo que opera es el olvido. Cabe preguntarse cuáles son los usos que se dan hoy, en este momento,

1. Guillermo Bustos, *El culto a la nación. Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870-1950* (Quito: Fondo de Cultura Económica / UASB-E, 2018); Eduardo Kingman Garcés, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940: higienismo, ornato y policía* (Quito: FLACSO Ecuador / Universitat Rovira e Virgili, 2006).

cuando distintos proyectos poscoloniales de modernización de las ciudades se han visto acompañados por una espectacularización del pasado.

La arqueología, tal como generalmente se entiende, constituye una disciplina, pero al mismo tiempo muchas de sus acciones han servido de justificativo de políticas de intervención en áreas protegidas. Cuando se dice que es el saber de los expertos lo que avala o no intervenciones en lugares con valor histórico, como la de la Plaza de San Francisco, habría que preguntar cuáles son los presupuestos cognoscitivos, sociales y políticos de esos saberes expertos. ¿Qué lleva a los expertos a hacer cierto tipo de indagaciones y a desechar otras? ¿Qué vestigios se encuentran, cuáles no y por qué? No se trata de una práctica ingenua. El pasado arqueológico puede permitirnos pensar de otro modo la historia de una ciudad, así como sus relaciones con el presente. Se trata de objetos o residuos de objetos que tuvieron una significación en el pasado pero que pueden continuar siendo significativos hoy. De manera paralela, tales pueden ser asumidos de manera cosificada como sedimentos, curiosidades sin valor histórico e incluso basurales. Lo que está en cuestión es el grado de seriedad de determinados estudios que sirven de base para evaluar los impactos de las intervenciones en zonas sensibles de una ciudad como es el caso de la Plaza de San Francisco en la ciudad de Quito.

Ya existen en Quito, en el mismo centro histórico, lugares destinados a una arqueología separada del mundo social que les dio origen y separada del espacio social contemporáneo en el que continúa reproduciéndose, bajo condiciones de inequidad, el mundo de las comunidades al que debería remitirnos la arqueología. La conversión del pasado en un pasado arqueológico separado de la vida, ya sea en una colección de piezas estéticas o como desechos carentes de interés. Y es ahí donde me parece que hay una rica reflexión en trabajos como los que aquí reseñamos, me parece que son trabajos que ponen en cuestión la propia dimensión de los hallazgos arqueológicos. Los relacionan con un campo de indagación más amplio, sociológico e histórico.

Es posible que seamos un país sin arqueología o, para ser más precisos, sin una preocupación suficiente por la arqueología. Un país que no quiere ni puede guardar huellas de ciertos momentos de su historia o presta poca importancia a esas huellas. Un país construido en torno al hispanismo, y en torno a la reproducción del hispanismo, pero también en torno a la idea de progreso y desarrollo, a la necesidad de borrar todo lo que no se relacione con el paradigma del progreso. Un país en donde, al mismo tiempo, se incorpora una visión edulcorada de los otros, despojada de contenidos. Es a partir de ahí que hay que entender los usos de la historia y de la arqueología.

Tanto la arqueología como la historia pueden ser asumidas como recolección de vestigios del pasado, de manera descontextualizada y poco com-

prometida con una perspectiva crítica. Pero también es posible desarrollar otro tipo de enfoque, en la línea de lo que Foucault y Deleuze llaman arqueológica.² La arqueología como método histórico, como posibilidad de comprensión de distintas capas ubicadas entre el pasado y el presente, algo que va más allá de los límites de la propia historia como disciplina. Sabemos, a partir de Freud, que lo que llamamos consciencia está condicionado por un juego de estratificaciones o flujos que tienen que ver con lo inconsciente y con lo consciente. Vivimos atravesados por un cruce de relaciones complejas, y esto es válido tanto para los individuos como para las sociedades. El pasado no es aquello que ha sido superado; el pasado existe en el presente, forma parte de él, no como cosas que quedan, como remanentes o como simples huellas, sino como supervivencias, como algo que habiendo pasado sigue pesando sobre el presente. Esto quiere decir que todo esfuerzo de comprensión debe relacionar estos distintos tiempos y estratos. El conocimiento histórico depende de una lectura arqueológica, de una capacidad de leer distintas capas tanto del presente como del pasado, relacionándolas y contrastándolas. Cuando Walter Benjamin, en su libro sobre *Los Pasajes* hace un recorrido por el París del siglo XIX, por su arquitectura, sus calles y su literatura, para luego dirigirse al metro y descender a las cloacas, hace un recorrido arqueológico. Y eso es también lo que hay que hacer en el caso de nuestras ciudades. También las ciudades andinas están hechas a partir de diversos estratos o sedimentaciones, no solo aquellas visibles por las que podemos organizar recorridos, sino también por aquellos que se nos ocultan o que procuramos ocultar.

Lo que permite el metro en cualquier ciudad donde se ha instalado es pasar de manera rápida de oriente a occidente, de sur a norte (es lo que pasa en México o en Buenos Aires). El urbanita curioso puede atreverse por distintos mundos, a diferencia de lo que sucede en ciudades que siendo extensas, como el propio Quito, largo y estrecho, las formas de desplazamiento son todavía lentas. Pero la historia o la antropología existen en la medida en que facilitan otros recorridos no solo por lugares sino por distintas capas temporales, por distintos tiempos.

¿Qué permite un trabajo como el que estamos comentando? ¿Qué es lo que hace posible un trabajo de ese tipo? En primer lugar, veo que la forma como ha sido organizado el libro rompe con las especializaciones, con la tradición de un libro técnico concebido por expertos y orientado a expertos, como forma de legitimación de la opinión de los expertos. Rompe con la idea

2. Michel Foucault, *La arqueología del saber*, trad. por Aurelio Garzón del Camino (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1970); Giles Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*, trad. por Carmen Artal (Barcelona: Anagrama, 2002).

de que la opinión sobre la ciudad está o debe estar en manos de especialistas de la arqueología, de la historia, de la sociología o del urbanismo capaces de justificar planes de inversión minera o intervenciones como estas que modifican radicalmente la estructura de la ciudad.

El papel de la crítica es otro, el papel del pensamiento crítico es otro. Su lugar no disciplinario es transdisciplinario y en movimiento. Capaz de atravesar las distintas capas de una ciudad o de una sociedad, a través de la antropología, de la etnografía, la literatura, la estética. Ese es el papel fundamental del pensamiento y creo que el libro ha logrado hacerlo.

Para terminar, quisiera relacionar la perspectiva abierta por este libro con mis propios intereses como investigador, planteando la necesidad de hacer otra conexión metodológica que es la conexión con la memoria. Los estudios de base histórica incluidos en este libro muestran cómo en el pasado se yuxtapusieron o entraron en juego el mundo hispánico y el mundo andino. Al mismo tiempo que obedecían a lógicas distintas, muchas veces confluían, se mezclaban, respondían a sentidos paralelos, sobre todo en relación a la fiesta y a los trajines callejeros. Me refiero a un espacio rico de relaciones que tenía como lugares privilegiados las calles y plazas y que se siguió reproduciendo a lo largo del tiempo, incluso en medio de la cultura de la separación instituida en el largo plazo desde el momento mismo de las reformas borbónicas y que tomó fuerza en la segunda mitad del siglo XX y sobre todo en la última década.

A pesar de que la cultura de la separación ha tomado forma en la ciudad, como policía y como policía del patrimonio (así en la patrimonialización de los espacios sagrados o en la expulsión de poblaciones del centro) hay un mundo social que sigue en movimiento y que no ha muerto. San Francisco es parte de ese mundo, no es solo un monumento o un espacio para el turismo. Su esfera de influencia va más allá de la plaza, hay un mundo muy fuerte, de movimiento muy fuerte, de flujos muy fuertes en los espacios aledaños. Es posible que indagaciones posteriores a este libro muestren la forma como mucha gente se ve obligada a salir del área colindante a San Francisco debido al metro y a la inversión inmobiliaria, pero el centro histórico de Quito es gigantesco. El centro no es solo la zona patrimonializada, es un mundo más amplio y es un mundo que tiene todavía una gran riqueza.

Yo diría, para terminar, que de manera semejante al trabajo que en este libro han hecho los historiadores y particularmente historiadoras, orientado a reconstruir la urdimbre a través de la lectura de archivos y de textos, hay un trabajo fuera del campo académico que hace la propia población, y es el de reconstituir ese tejido social. Muchas veces el centro ha sido vaciado. Ahora, por la ineptitud de un alcalde, está nuevamente lleno. Espero que no haya un alcalde lo suficientemente competente como para sacar de nuevo a la gente del centro.